

*ESPAÑA Y AMÉRICA  
EN LA HISTORIA  
1492-1992*

# Fecha inolvidable: 12 de octubre de 1492. Lugar: isla Guanahaní

PAOLO EMILIO TAVIANI\*

Esta vez no cabía la más mínima duda: ¡Tierra! En efecto, era tierra, a 6 millas de la carabela que en aquel momento se encontraba a 74° 20' de longitud oeste y a 23° 57' de latitud norte.

Eran los acantilados de High Cay y Hinchingsbrooke Rocks, en el extremo sudoriental de la isla de San Salvador.

El tema de la primera tierra descubierta por Colón es uno de los más interesantes y debatidos. No es tan complejo como el de su familia y el de la correspondencia toscaneliana, pero también ha suscitado discusiones, enfrentamientos, polémicas.

Son tres los datos que resultan del *Diario de a bordo* y del testimonio de sus contemporáneos:

El primero, que la isla del primer desembarco, la mañana del 12 de octubre de 1492, tras la gran travesía por el mar Tenebroso, era llamada por

\*PAOLO EMILIO TAVIANI. Es un antiguo colaborador de *Atenea* y acerca de Cristóbal Colón le hemos publicado interesantes ensayos, el primero de ellos titulado "Colón genovés". Es autor de una de las más modernas y completas biografías de Colón. Ha sido senador, diputado y Ministro de Estado varias veces; profesor de Historia de las doctrinas económicas en la Universidad de Génova. Es uno de los hombres más representativos de la Italia actual. (Más referencias en *Atenea* 453-454).



sus habitantes Guanahaní; el segundo, que Colón bautizó la isla con el nombre de San Salvador, y por último que Guanahaní-San Salvador formaba parte de un grupo de islas muy próximas entre sí, llamadas por los habitantes del lugar Lucayas.

Sobre estos tres datos nunca han existido discusiones ni divergencias.

Las discusiones se han dado y se dan en torno de la identificación exacta de la isla.

Nunca se ha dudado de que las Lucayas fueran las islas que están al sudeste de Florida y al nordeste de Cuba.

Entre ellas la geografía actual distingue el archipiélago de las Bahamas -30 islas mayores, 660 islotes y 2.400 escollos-; las Turks -2 islas habitadas, 4 deshabitadas y numerosos escollos-, y las Caicos -6 islas, 16 islotes y muchos escollos.

Son las islas que aparecen en un grabado de la primera edición impresa de la carta de Santángel y a Sánchez, publicada pocos meses después del gran descubrimiento.

En la época del descubrimiento la situación exacta y la identifica-

ción del primer desembarco no tuvo una gran importancia, entre otras cosas porque todo el archipiélago de las Bahamas -que resultó que no tenía minas de oro y plata- no revistió interés alguno para los españoles. Los centros de atracción y de desarrollo colonial fueron Santo Domingo y Cuba.

Durante muchos años las Bahamas no volvieron a ser visitadas -sólo excepcionalmente en las exploraciones de Ponce de León-, hasta que los españoles volvieron para deportar a sus habitantes -los pacíficos arawak- a La

Española y el resto de las colonias.

Veamos, una a una, las características que indica el *Diario de a bordo*.

“Isleta”, “esta isla es bien grande”. Son dos términos que parecen antitéticos, pero no lo son. Colón usa el primer término el día 12 de octubre: “llegaron a una isleta de los Lucayos”. Con fecha 13 de octubre: “esta isla es bien grande”.

“Muy llana”. Todas las islas que estamos considerando son llanas. ¡Baste pensar que el punto más alto de todas las Bahamas está a 69 metros sobre el nivel del mar!

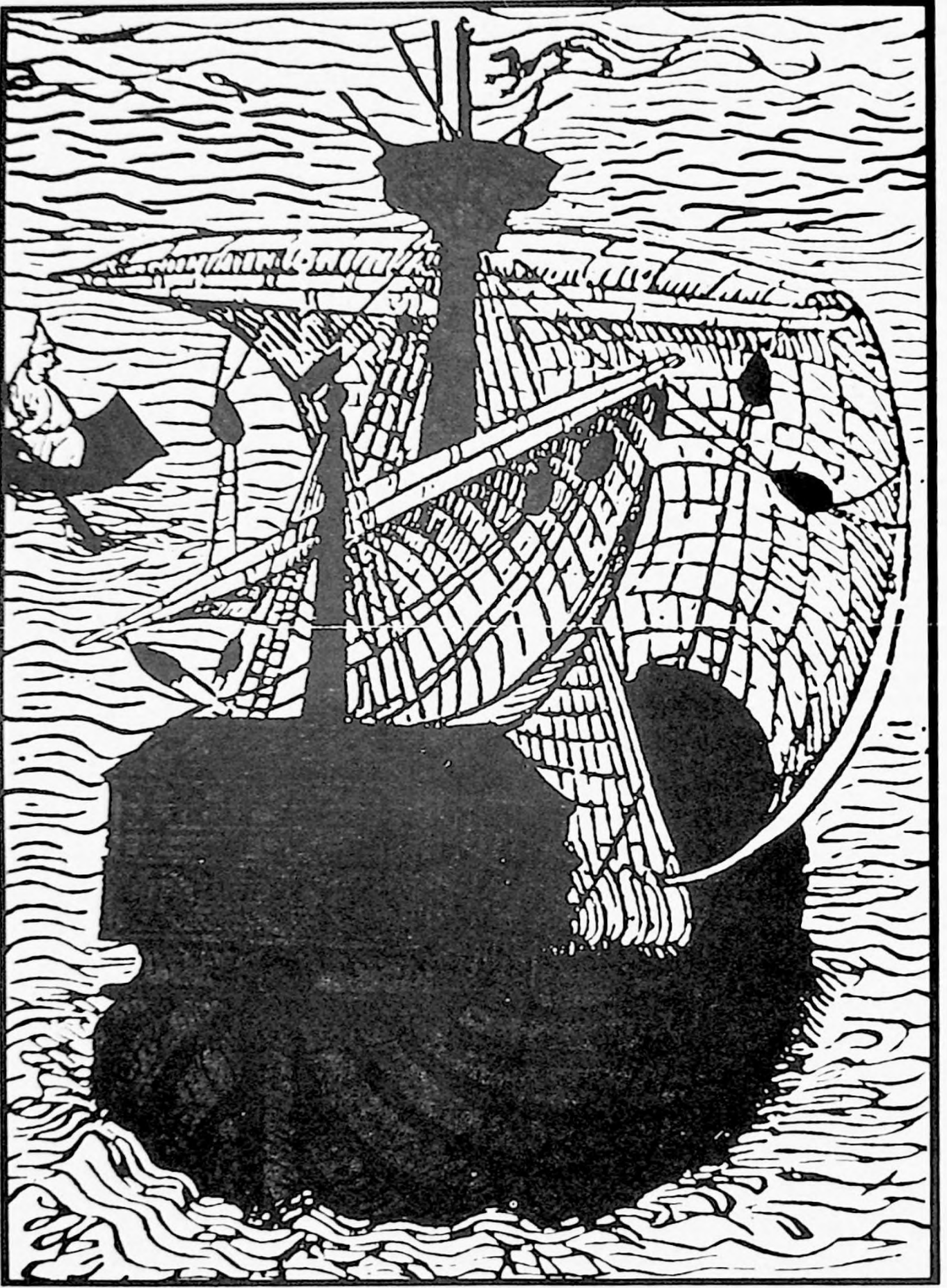
“Sin ninguna montaña”: ninguna de estas islas tiene montañas.

“Una grande restinga de piedras, que cerca toda aquella isla alrededor”: la barrera coralífera que abarca toda la isla es una característica específica de San Salvador, de las Caicos, de Grand Turk, de Samaná y, aunque un poco menos, de Mayaguana; en cambio, esto no se comprueba en Cat Island.

El 14 de octubre, Colón sale a bordear la isla en dirección norte y noreste. Los indígenas lo invitan a desembarcar, pero él no quiere, “mas yo tenía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor, y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naos ay en toda la cristiandad, y la entrada d’ ello muy angosta. Es verdad que dentro d’ esta cintha ay algunas baxas, mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo. Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas, y también adónde pudiera hazer fortaleza, y vide un paedaco de tierra que se haze como isla, aunque no lo es, en que avía seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla”.

Pues bien, este lugar, protegido por la barrera coralina -las aguas calmas como en un pozo, capaces de acoger todas las naves de la cristiandad-, se encuentra sólo en San Salvador. No en Cat ni en Mayaguana ni mucho menos en Grand Turk o en Caicos. Es el Graham’s Harbour: ha sido identificado por Morison, por Wolper y por el autor de esta obra, sin que haya la más mínima posibilidad de duda, porque hemos individualizado incluso la península que “se pudiera atajar en dos días por isla”. La lenta e inexorable acción del mar se ha ocupado de convertirla en isla, erosionando el delgadísimo istmo rocoso y labrando un verdadero canal vadeable durante la marea baja. Y los ingleses se han encargado -en un momento impreciso de su historia imperial- de utilizar el islote como fortaleza.

Nos queda todavía un último y definitivo argumento para identificar la tierra del primer desembarco. Es el siguiente: sólo partiendo de San Salvador



se puede reconstruir perfectamente el recorrido posterior de las tres naves españolas, tal y como aparece indicado por el mismo Colón.

San Salvador-Rum Cay-Long Island-Crooked-Cuba; hablaremos de ello de manera analítica más adelante. Aquí será suficiente subrayar que partiendo de Mayaguana o Samaná Cay, de Grand Turk o de Caicos, no sería posible identificar las sucesivas etapas del viaje.

Nada coincidiría con la narración del diario: no coincidirían las descripciones de las islas que se encontraron, no coincidiría su colocación geográfica, no coincidirían las distancias entre una y otra.

Así, pues, entre las revisiones actuales y la descripción contenida en el *Diario de a bordo*, todo coincide.

La primera novedad del gran descubrimiento es la barrera coralina. La isla de San Salvador está completamente rodeada de ella.

Colón conocía el verdadero coral, que es el *Corallium rubrum*, desperdigado por el Mediterráneo y las Canarias. La República de Génova era uno de los principales emporios del coral, centro de recogida de los mares vecinos y lejanos, de elaboración y de comercio.

Pero las barreras coralinas se llaman así sólo por una broma etimológica, porque los anglosajones usan el término “corals” para designar todos los organismos generadores de la cal que crea escollos e islas madreporicas.

Antes de ese momento, ningún marinero de la cristiandad conocía el extraordinario fenómeno. Marco Polo no había hablado de ello en *El Milione*. Por el *Diario de a bordo* no me parece que Colón se diera cuenta de la importancia de semejante novedad. Solamente dice que “un fondo de escollos rodea la isla”, no se detiene a describir el mar, prefiere hablar de la tierra y de sus habitantes, pero no hay duda de que las maravillas de aquel mar le habían encantado.

En el interior de la barrera coralina las aguas son tibias y transparentes, con gamas de colores que van del azul intenso al verde tornasolado, similar al de las hojas en primavera. Desde las playas se adentran en el mar las manchas espesas de mangles cuyas raíces encuentran, más allá de la salobridad y del manto arenoso, la nutrición indispensable de agua dulce. Y donde no hay mangles, encontramos jardines variopintos, palmeras, árboles de tallo alto, en la misma orilla de la costa, bañados por una ola leve en el momento de marea alta: este fenómeno de las plantas y de la floresta en contacto directo con el mar era hasta entonces desconocido para el europeo. Porque la inmovilidad de las aguas permite el contacto - “como un pozo”, escribe



• La recepción de Cristóbal Colón por Isabel y Fernando el Católico (1860), obra del pintor francés de temas históricos Eugène Delacroix.

Colón-, y esa inmovilidad está garantizada por la barrera madreporica en la cual el océano, con sus oleadas y sus terroríficas borrascas, se encrespa y se aquieta, en un continuo remolino de espuma, siempre distinta en sus movimientos, en su blancura, en sus ruidos.

Colón, pues, no sabía qué era el fenómeno de las barreras madreporicas. Sin embargo, su genio marinerero lo llevó a comportarse como si lo supiese.

En cuanto comprueba que por fin hay tierra con toda seguridad, allá al oeste, a unas dos leguas, da órdenes de amainar velas y avanzar sólo con el trece, de quedarse al paio capeando hasta el nuevo día.

Cualquiera que haya navegado a vela sabe que es difícil tomar puerto con el viento en popa, porque hay riesgo de chocar contra cualquier escollo. Pero ¿por qué habría tenido que haber escollos a tanta distancia de la tierra que acababan de entrever? Y, sin embargo, había escollos, pero eran coralinos, de una clase desconocida hasta entonces por los marineros y los geógrafos.

Colón intuye el peligro y por ello se detiene.

Con la luz del día no se le escapan briznas de espuma blanca producida por las ondas contra los escollos.

Toda la isla de San Salvador está como enmarcada por la barrera coralina. Delante de High Cay, Hinchingsbrooke Rocks y Low Cay, -los tres islotes rocosos que constituyen la punta sudoriental de la isla-, el marco, que corre paralelo a la línea de la costa, se fragmenta en un abanico de escollos perpendiculares a ella. Es necesario doblar bien a lo largo de aquella punta: y esto es lo que hizo Colón.

El buscaba un trozo de mar de la costa occidental donde tomar puerto a sotavento. Localizó un paso en la barrera y por allí pasaron las naves y se acercaron a la playa.

El Almirante -desde este momento Colón adquiriría el título tan suspirado- se dirige a tierra con la chalupa armada, en compañía de los dos Pinzón. Baja a una arena fina y blanca, la besa, alza los ojos al cielo, da gracias a Dios y llora.

En aquel llanto de conmoción y alegría, que une a Colón y a los capitanes españoles, ante una estupefacta muchedumbre de hombres y mujeres desnudos, se resume el excepcional significado del más grande encuentro de la historia humana.

Encuentro es un término más exacto que descubrimiento.

Porque no era la humanidad que descubría una tierra nueva y desierta. Eran dos partes de la humanidad, dos mundos que se encontraban, aquella mañana, en Guanahaní-San Salvador.



num copia salubritate admixta bomínū : quæ nisi  
 quis viderit: credulitatem superat . Huius arbores  
 pascua & fructus / multū ab illis Iohanę differūt .  
 Hæc præterea Hispana diuerso aromatis genere /  
 auro metallisq; abundat . cuius quidem & omnium  
 aliarum quas ego vidi : & quarum cognitionem  
 habeo incolę vtriusq; sexus : nudí semp incedunt :



• Grabado que ilustra la edición de 1493, en latín de la primera carta de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos.

El Almirante desplegó la bandera real, los Pinzón las dos banderas con la cruz verde, una con la F (Fernando) y la otra con la Y (Ysabel).

El Almirante llamó a Rodrigo de Escobedo, “escrivano de toda la armada”, y a Pedro Sánchez de Segovia, y “dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomava, como de hecho tomó, possession de la dicha isla por el Rey e por la Reyna sus señores”.

Las fórmulas correspondientes fueron redactadas por escrito.

Después de la ceremonia, el encuentro se concretó más cumplidamente. Dos mundos que hasta entonces no se conocían, se conocieron. Y, por desgracia, no se comprendieron.

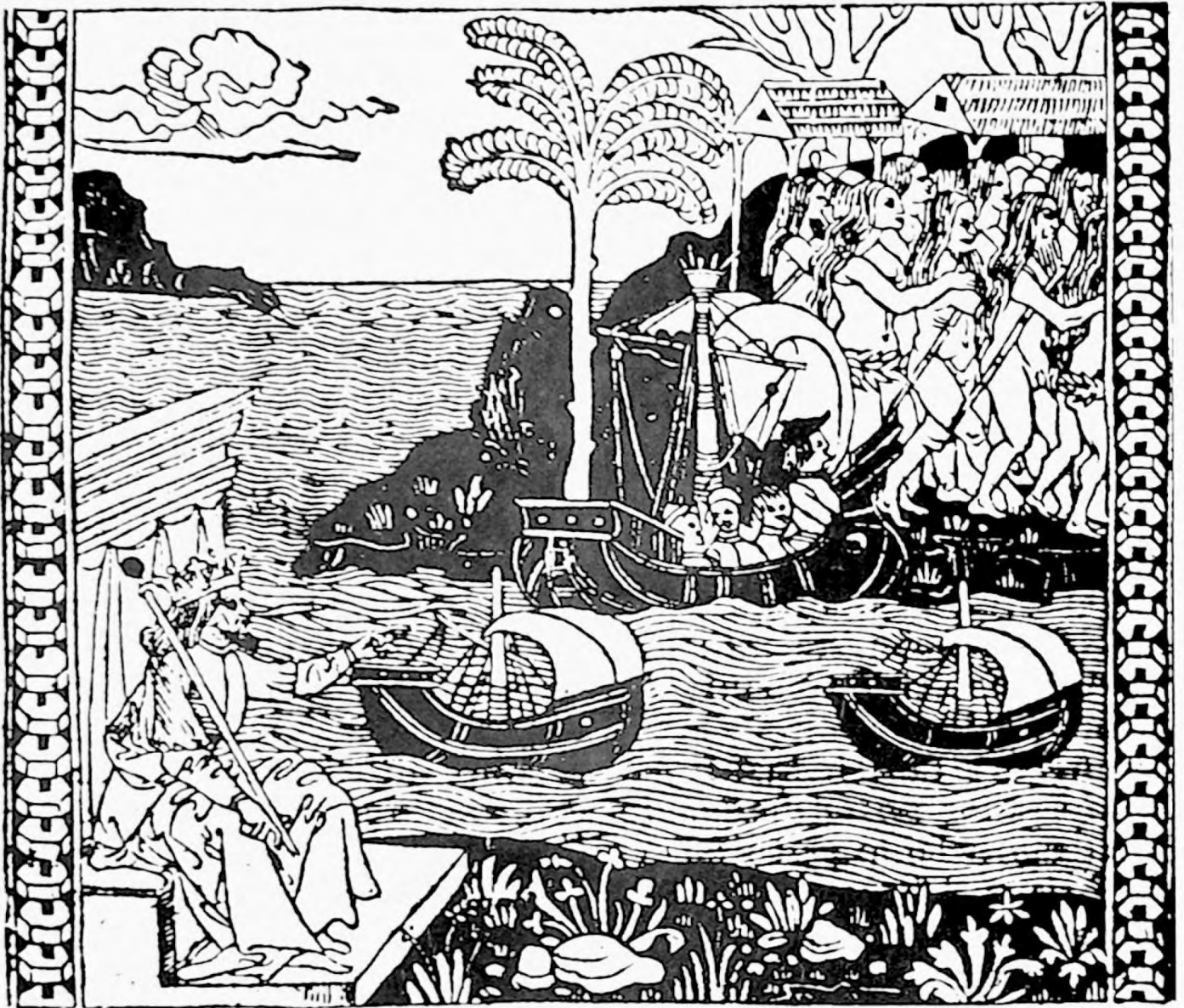
He aquí la primera impresión del encuentro: “Vieron gente desnuda”. La naturalidad de la frase no contiene una intención sexual, sino que expresa sólo sorpresa.

“Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide más de una farto moca, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años,



muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de cavallos e cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D’ellos se pintan de prieto, y d’ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y d’ellos se pintan de blanco y d’ellos de colorado y d’ellos de lo que fallan; y d’ellos se pintan las caras, y d’ellos todo el cuerpo, y d’ellos solos los ojos, y d’ellos solo el nariz”.

“Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas d’ ellas tienen al cabo un diente de pece y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos se amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí e creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por



THE OHIO STATE UNIVERSITY COMMEMORATES COLUMBUS

captivos. Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía”.

“Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo plaziendo a Nuestro Señor llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que deprendan hablar”.

Estas son las impresiones del primer día.

El segundo día, Colón dice que se ha preocupado sobre todo por saber dónde se encontraba el oro. Ve que algunos indios llevan “un pedacuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz”. Le dicen -al menos así cree entender- que “yendo al Sur o bolviendo la isla por el Sur, que estava allí un

Rey que tenía grandes vasos d'ello y tenía muy mucho". El Almirante quiere que alguno de los indios lo conduzca a aquella tierra afortunada, pero se da cuenta de que ellos se niegan a acompañarlo.

De esta manera comienzan a no entenderse.

La escala de valores europeos es distinta de la de los indígenas. "Todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den": cualquier cosa, obviamente, en la escala de valores europeos, pero no en la de los indígenas. Para ellos "fasta los pedacos de las escudillas y de las tacas de vidro rotas" equivalían a "16 ovillos de algodón".

Colón advierte que así no funciona; que del libre encuentro entre las dos mentalidades, entre las dos concepciones de valores, se derivarían graves injusticias y, por este motivo, prohíbe enseguida el comercio del algodón, a nadie permite que la coja, y reserva la compra de todo para los reyes de España.

Pero si ya no era fácil imponer esta oportuna prohibición a noventa hombres, imaginémonos cuando los europeos fueron novecientos, nueve mil, noventa mil.

He aquí los primeros problemas derivados de un encuentro entre dos mundos que no se comprenden.

El domingo 14 de octubre, el Almirante sale en barca para costear



la isla y visitar los poblados. Unos le llevan agua, otros incluso se lanzan al mar y van a nado al encuentro con las barcas, "y venían y entendíamos - escribe Colón- que nos preguntaban si éramos venidos del cielo". Los españoles son recibidos como dioses, se los considera dioses. El Almirante está emocionado, tanto es así que, mientras busca un sitio para construir una fortaleza, anota en el *Diario de a bordo*: "Aunque yo no veo ser necesario, porque es-ta gente es muy símplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hize tomar para le llevar y deprender nuestra fabla y bolvellos".

Inmediatamente después añade: "Salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los ternán todos sojuzgados, y les harán hazer todo lo que quisieren".

“Captivos” significa esclavos.

Es difícil dar una interpretación más generosa.

Colón vivía en su época, era un hombre de su época: razonaba como los adelantados, y no sólo los adelantados de su época. No razonaba como los santos de su época.

